

Antonio Mairena, Utrera y el Potaje Gitano

MANOLO PEÑA NARVÁEZ

A todos los caracoleros a los que preguntemos –y, caracoleros afloran por toda esa arteria verdadera del cante que va de Sevilla a *Cái por er tren*–, les encontraremos un *sarvoconducto*, entre los papeles que llevan en el bolsillo de su chaleco, donde quedará patente su reconocimiento, su admiración y su respeto para el excelentísimo señor don Antonio Cruz García, Antonio Mairena, el más largo, el más completo y el más perfecto cantaor flamenco que ha existido en el siglo veinte. Y, puede, que a lo largo de la breve historia del cante. Hombre, no hay regla sin excepción.

Utrera no iba a ser una excepción en esto, aunque, a decir verdad, aquí, los caracoleros seamos menos. Al más contumaz de cuantos conozco, al recordado, compañero y amigo

entrañable José Antonio Blázquez, tampoco se le cayeron nunca los anillos por reconocer el magisterio del de Los Alcores. Al menos, a mí, me lo reconoció una noche de verano en su bodeguita de Marqués de Nervión, antes de regresar a su “chalecito” de Heliópolis, que, hasta para eso era grandioso, el mejor periodista deportivo que he conocido.

El también periodista y escritor cordobés, Agustín Gómez, en su libro: *El neoclasicismo flamenco; el mairenismo; el caracolismo*, ediciones Demófilo, S.A., 1978, lo dice claro y sin ambages: Acaso no hay un artista que represente mejor la situación actual del Cante que Antonio Mairena. Dejemos ya el acaso, digamos con toda seguridad que no ha habido un artista con mayor inteligencia para

imponer su arte y todo lo que representa –el mairenismo– como clave del neoclasicismo flamenco.

En Utrera siempre ha existido pasión por los dos colosos. Como en la copla que nos recuerda la Fuente Vieja utrera cuando entraba por ella la figura menuda del abuelo de Fernanda y Bernarda, la calle de los Quebrado, en la collación de Santa María, allí donde murió tío José, el de Aurora, *s'arborotaba ca be* que Caracol se acercaba aquí con la Lola, *pa' scuchá* a las “niñas”. La estampa de arte de pintaban los dos en el pueblo, era motivo de acontecimiento. El día que Caracol le daba veinte duros a la chacha Inés, para que le hiciera un guiso de papas en amarillo, significaba que la juerga era de dos o tres días, como mínimo.

**Acaso no hay un artista
que represente mejor
la situación actual
del Cante que
Antonio Mairena**

¿Que por qué esta insistencia en hablar de Caracol? En primer lugar, porque, comparando al Tío Pepe con la Ina, es cuando más se muestra el paladar. En segundo lugar, porque antes de dejar constancia de lo que en Utrera se quiere a Antonio, quiero recordar la devoción que Caracol profesó siempre a esta tierra, poniéndolo en clara manifestación, cuando en aquella ocasión de 1967, a Julián Cortés Cavanillas y para su página “Psicoanálisis”, de ABC, dijo que Utrera era el mejor pueblo de España, piropo que nadie ha vuelto a volcar sobre Utrera, poniéndolo en clara manifestación aquella noche en Madrid, en Los Canastero, cuando fui a brindarle la dedicación del XV Potaje Gitano, y me ratifiqué que él a Utrera siempre vendría encantado porque aquí había un arte sobrado, que no se podía comparar fácilmente con otra ciudad cantaora.

Antonio Mairena y Utrera

El paso por Utrera de Antonio Mairena –y nos centramos ya en él–, hay que escribirlo con letras de oro y, aún así, podemos presumir de tal manera los gitanos de Utrera, de que, querer a Antonio, lo han querido y le recuerdan en todas partes del mundo, pero, como se le ha querido y se le recuerda aquí, tienen que creernos, es muy difícil que pueda hallarse el parangón.

Casi, con toda seguridad –otro dato anterior no existe–, Antonio vino por primera vez a Utrera, apenas un chaval, en 1935, cuando, pese a haber debutado ya en Sevilla, no era aún un cantaor conocido, a visitar una tía suya que vivía en la calle Finitas, madre de don Antonio Vargas Serrano. Ya en plan de fiesta, lo más natural es que viniera a partir de la terminación de la contienda. Además de esa tía suya, mencionada, de la que aún queda una nieta, casada con mi primo Diego Jiménez, nadie olvide que el abuelo de Antonio, Antonio Cruz Reyes, era de Utrera, historia que Mairena cuenta detalladamente en sus “Confesiones”, editada y preparada por Alberto García Ulecia, donde habla de nuestra incomparable y tradicional Feria de Consolación, donde Antonio Cruz Reyes conoció a su mujer, Carlota Vargas Navarro, natural de Bornos, la abuela del gran maestro mairenero.

En este mismo libro se recoge la confesión de Antonio de que en la herrería de su padre, ya en Mairena, él escuchaba cantar a su abuelo las cantiñas de Pinini, cante que, más tarde, le escucharía directamente a Rosario la del Colorao, gitana de Utrera que vendía cal en la calle Nueva y que ha sido, para el mundo, la recreadora y transmisora más directa, de los cantes del abuelo de Fernanda y Bernarda, y de la Serneta.

Don Antonio Cruz García, Antonio Mairena, quien, en cierto modo, ha sido alma y vida del Potaje, toda vez que sin su presencia, sin su apoyo –justo es reconocerlo–, ni el Potaje hubiese sabido asentar sus reales y hasta es muy posible que no hubiese nacido

esta nueva ruta del cante llamada Festivales Flamencos del Verano.

Aquí ha venido Antonio, desde muy joven, buscando el secreto de su gitanería, ese sabor y ese compás que aquí se encontraba tan fácilmente

Por el Niño Rafael, nosotros, los gitanos de Utrera, hemos sentido siempre una especial devoción. Todos los mairenistas conocemos cuando y cómo empezó a correr la afición, la pasión flamenca de Antonio por el caudal de sus ventas gitanas. Todos somos conscientes de su preocupación por aprender, por descubrir, y ese peregrinaje que le llevó, joven aún, a todos los puntos más insospechados de Andalucía para descubrir un cachito de cante, por muy chico que fuera, si ese trozo de música flamenca traía o podía traer etiqueta. Tampoco aquí, en este campo de investigación, Utrera iba a ser una excepción, y aquí ha venido Antonio, desde muy joven, buscando el secreto de su gitanería, ese sabor y ese compás que aquí se encontraba tan fácilmente, gracias a Dios. Sus casas de visita, eran esas casas gitanas que describo en mi libro *Arte y Artistas Flamencos de Utrera*, donde se coció el arte, el duende y la gracia de esta tierra bendita que ha dado al mundo un amplio abanico de estilos, voces y duendes, muy difícil de igualar. Y, estas casas, fueron: la Casa de los Vargas, en la calle Canalejas, la Casa de Tío José el de Aurora, en la calle Nueva, Vía Marciala y Antón Quebrado, crisol donde se fundía la singularidad de unas “niñas”, que revolucionarían al mundo con sus nombres universales de Fernanda y Bernarda, la Casa de Diego el de Gaspar, padre de Andrés y Manuel de Angustia, los dos gitanos que más habrían después de comprometerle para su apoyo al Potaje Gitano, la Casa de Vicente el Pirri, importante tratante de ganado, y la

Casa de mi tío, Manolito el del Matadero, un gitano que al decir de Antonio Calzá, *para paraba er tren*, donde yo, con apenas diez años, conocí por primera vez a Antonio, y le saboreé, una y cien veces, porque mi tío, zapatero y matarife, casado con una hermana del *tocaor* Titi de Algeciras, era un gitano de mucha clase y de mucho ángel y allí, en su casa, terminaban todas las juergas de Utrera.

Allí, en mi niñez, recuerdo haber vivido muchas fiestas de Antonio, donde, cada vez que él llegaba, acudían el *chacho* Benito –cuyo néctar, como el de Rosario, había bebido el maestro–, Manolillo el de la Pelén, Ramírez el Barbero y los jóvenes Perrate y Manuel de Angustia, amén de Ramón el de los hierros y Manuel Arroyo, Pabilo. Al niño Rafael, ya por los finales de los cuarenta, le acompañaba siempre Juan Talega y, algunas veces, el Quino de Morón, un bailaor extraordinario. Fiesta segura en todas las casas gitanas de Utrera, cada vez que venía de Tetuán Pepe Carrasco, padre del inolvidable José Carrasco Domínguez, autor de letras flamencas fallecido al final de los ochenta, acompañado de Salvador Torres, sobrino de la Serneta, en cuya casa, en la Plaza de la Constitución, murió esta hará pronto cien años.

Primer homenaje de los gitanos de Utrera al Maestro

En la primavera de 1956, los gitanos de Utrera fundamos una hermandad de penitencia con un Cristo crucificado, en su Buena Muerte y una imagen guapísima de la Virgen en su más abierta Esperanza, para realizar estación por las calles de Utrera y así llenarlas de embrujos, saetas y otros cantes gitanos, en la “madrugá” del Viernes Santo. Pero, un año antes, creo recordar que, terminada la gira de Antonio Mairena con el bailarín-bailaor Antonio Ruiz Soler, los hermanos Andrés y Manuel de Angustia, con el tío José, padre de Fernanda y Bernarda, organizaron un ho-

menaje al maestro de los Alcores, en los altos de la Vinícola, un castizo bar que existía en la calle Santa Clara, al que acudió toda la crema de Utrera, una cantidad aproximada de cien personas, con lógica fiesta de categoría y en la que, lo recuerdo muy emocionado, Tío José, tras escuchar religiosamente, una larga liturgia de Antonio por seguirilla, se puso de pie y se volcó, ceremoniosamente, una copa de Tío Pepe sobre su cabeza.

Antonio Mairena y el Potaje Gitano de Utrera

Cuando aquí se hizo oficial que se iba a celebrar de nuevo aquella fiesta de hermandad que supuso el nacimiento del Potaje, Andrés Jiménez Ramírez, autor de la idea del Potaje, y algunos más, nos desplazamos a Sevilla para invitar a Antonio, para que fuera testigo de aquella fiesta singular que nació sin pretensiones y que el público que la disfrutó quería vivir de nuevo. Éste aceptó encantado y, como siempre hacía, se trajo a Juan Talega, a Tomás Torres, a Diego de Gloria y al dueño de la Venta Marcelino, quién también le acompañó durante varios años. A partir de ahí, la celebración de la fiesta pasaba por las indicaciones de Antonio en todo. Antes de iniciar nada, nos desplazábamos cada año a su casa de Padre Pedro Ayala y allí, él ponía la fecha, trazaba las líneas –unas líneas muy sencillas porque no existía orden ni protocolo–, y oficiaba de maestro de ceremonia cuando celebrábamos el Potaje. Siempre presidía la mesa, con el hermano mayor de la hermandad y, muy de madrugada, cuando, degustado el potaje de frijones con muchos ajos y habían cantado y bailado cuantos habían querido, casi, por un resorte mágico, todas las miradas se dirigían a la mesa de la presidencia, y Antonio daba paso a Manuel de Angustia y a Juan Talega, para, seguidamente, y dentro del barroquismo más puro, dejar su lección magistral que se escucha bajo un silencio sepulcral y religioso.

Segundo y tercer homenaje

Era el V año del Potaje, y la hermandad había decidido designar a Antonio Mairena hermano honorario, por su dedicación y cariño hacia los gitanos de Utrera. Esto fue en la caseta municipal de Feria y se invitó a Fernanda y Bernarda –la primera vez que asistieron–, Pepa de Utrera, Enrique Montoya, Pepe Ríos y, por el supuesto, el imprescindible Diego el del Gastor; Joselero, Andorrano, Anzonini, María la Marrurra, etc. Manuel de Angustia, hermano mayor, le hizo el ofrecimiento y Antonio volvió a officiar, como de costumbre, dentro de la mayor solemnidad, con el más exquisito magisterio.

Pero, llega la primavera de 1962 y Antonio obtiene, dentro del embrujo de los patios cordobeses, la *III Llave de Oro del Cante*, y era condición indispensable que la edición número seis fuera dedicada a la máxima figura del cante gitano andaluz. María Vargas, Manolo Mairena y Rosalía de Triana, quizás constituyeran la novedad de aquel otro acontecimiento, en el que la hermandad obsequió a Antonio con una medalla de oro de la Virgen de Consolación.

En 1966, cuando fuimos a concertar fecha con el maestro, nos expuso que el Potaje estaba tomando dimensión, que a él le estaban presionando en otros pueblos que conocían que aquí él no cobraba, y que esperaba supiéramos comprender. Fue fácil entenderlo y, a partir de entonces –lo más natural del mundo–, había que pagarle –recuerdo que nos cobraba veinte mil pesetas–, aunque siempre dejaba algo en beneficio de la hermandad.

Así pues, Antonio Mairena es algo consustancial al Potaje. Y Antonio impuso, no sólo en el Potaje, en todos los festivales a los que asistía como artista, carácter, entidad, categoría y seriedad. Con toda la fuerza de su sello, con toda la grandiosidad de su reconocido arte, con toda la indiscutible maestría suya, los gitanos de Utrera quedamos prendidos en el caudal de su portento, atrapados en el inmenso mar de sus conocimientos, perdidamente enamorados del sabio poder de

su magisterio. Hoy, cuando en alguna que otra rara ocasión oímos decir que Antonio era muy frío, que no cantaba gitano y que no era completo, con el mayor respeto para todo el mundo, nos limitamos a pensar que todo el mundo tiene derecho a opinar, y sin que esto huela a presunción, nos limitamos a pensar que todo el mundo no tiene derecho a saber.

IV Homenaje

El Potaje Gitano de Utrera celebraba sus Bodas de Plata. Ya habían sido homenajeados Pastora Imperio, Fernanda y Bernarda, Manolo Caracol, Lola Flores, Curro Romero, Rocío Jurado, Juanita Reina, etc. Amén de los recuerdos a la Serneta y a Manuel Torre. No podía existir otra figura más significativa para ser homenajeadada en esta XXV edición del

primer festival flamenco de España, que don Antonio Cruz García.

En su crónica de ABC de aquel 30 de junio, Miguel Acal escribió: "Cuando finalizó el Festival, la pregunta era unánime: ¿Quién se atreve a cantar después de hacerlo Antonio? El maestro, tras dar las gracias por el homenaje se sintió a gusto. Pidió la guitarra de Pedro Peña y metió mano por soleá. Los huesos de la Serneta y de Rosario la del Colorao hubieron de brincar. No es irreverencia, no. Es que no se puede ofrecer un recital cantaor más exacto, más justo, con más altura, con mayor calidad. Y, luego, por bulerías, el acabose. Será muy difícil, por no decir imposible, que vuelva otra noche como la del 27 de junio".

Los gitanos de Utrera somos tan así, que seguimos adorando el recuerdo del más grande, del más largo y del más perfecto cantaor de la historia.



Manuel Peña Narváez era crítico de flamenco, uno de los fundadores del Potaje Gitano y autor del libro *Arte y artistas flamencos de Utrera*

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Envíenme trimestralmente **O TCHATCHIPEN** a la siguiente dirección:

Nombre.....

Dirección.....

Código Postal Ciudad.....

Provincia.....

FORMA DE PAGO:

- Talón barrado "Páguese a Instituto Romanò"
 Giro postal nº Impuesto el día
 Transferencia a la Cta. de "La Caixa" núm. 2100-0546-02-0200094925

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Un año: 12 €

EXTRANJERO: 17 €

NÚMEROS SUELTOS: 3,60 €

Cada suscripción comprende el período correspondiente a un año natural, por lo que su formalización comporta la recepción de los cuatro ejemplares correspondientes al año en curso.

**PEDIDOS AL APARTADO DE CORREOS 202
08080 BARCELONA**